

## PRECIO EN MADRID.

Por un mes..... 1 Peseta  
 Por tres meses..... 3 »

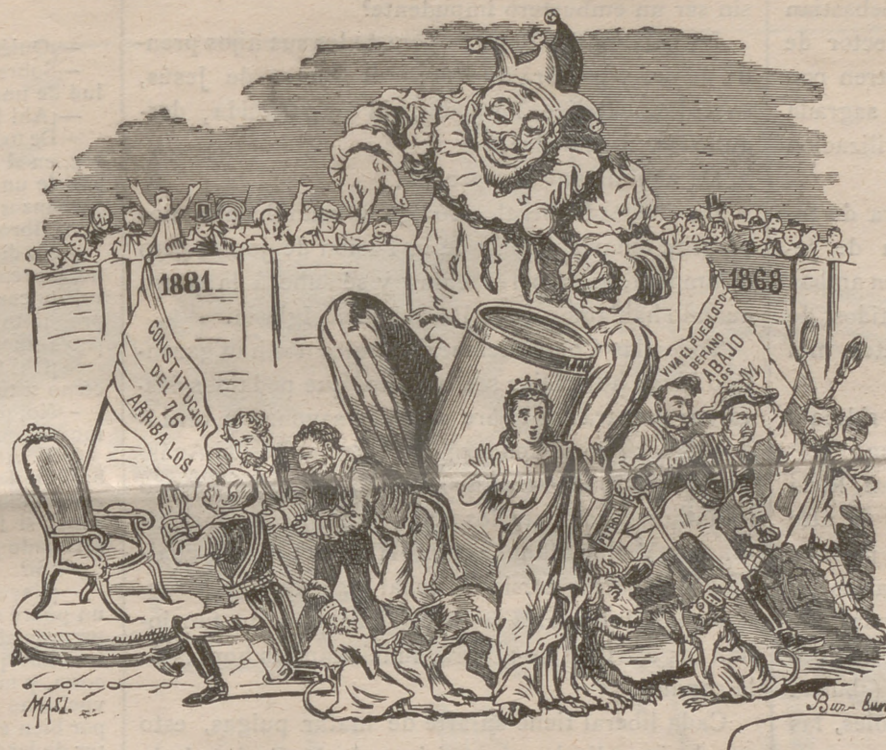
## ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público seis veces al mes.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago, en libranzas ó sellos de correos, no respondiéndose de éstos si no viene certificada la carta.

Se traspan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.

NÚMERO SUELTO EN MADRID: 10 CÉNTIMOS.



## PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses..... 3 Peseta  
 Valiéndose de comisionados... 3,50 »

## Extranjero y Ultramar.

Por tres meses..... 7,50 »  
 Filipinas, un año..... 35 »

## NOTA.

La palabra *progresista* colocada á la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza de su color.

## REDACCION Y ADMINISTRACION,

FLOR BAJA, 13, PRINCIPAL.

ADMINISTRADOR: D. ESTÉBAN LOPEZ

NÚMERO SUELTO EN MADRID: 10 CÉNTIMOS.

# RIGOLETO

PERIÓDICO PROGRESISTA.

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 5, 10, 15, 20 Y 25 DE CADA MES.

## SUSCRICION

PARA ERIGIR UN MONUMENTO Á ZUMALACÁRREGUI.

	Ptas. Cts.
Suma anterior.....	345 15
D. Lázaro Ortega.....	1
TOTAL.....	346 15

(Se continuará.)

D. CÁRLOS DE BORBON (1).

VENECIA, 14 de Marzo de 1883.

Mi querido Nocedal: Las tristes circunstancias por que atraviesa España no pueden despertar en ningún corazón ecos más dolorosos que en el mio. Ausente de la patria, y amándola como se ama á una madre de la que se está orgulloso, no cabe mayor suplicio que el de verla sufrir sin poder calmar en el acto sus tormentos, aunque fuese á costa de la propia vida.

Pero si nada directo puedo hacer ahora más que sufrir con ella, enfrente del movimiento socialista que se presenta amenazador en algunas provincias, apoyado y dirigido por la Internacional cosmopolita, creo necesario renovar mis instrucciones, que tan á satisfaccion mia interpretas, para que mantengas unidas nuestras masas.

Gracias á Dios forman éstas la mayoría de España, y pueden ser firmísimo baluarte de todos los grandes intereses legítimos el día que la lucha social estalle abiertamente.

Todos los tronos de Europa vacilan sacudidos por subterráneas conmociones. A cada nueva manifestacion de la fuerza oculta que los amenaza, no puedo ménos de recordar con doloroso recogimiento que hay uno de ellos tinto ya en la sangre del soberano con quien me unian tan estrechos vínculos de afecto personal, el malogrado Alejandro II de Rusia, la víctima más ilustre del socialismo.

Cuando veo que la lepra de las masas que saben matar llega hasta España, ¡con qué legítimo orgu-

(1) Habiendo estado ausente de Madrid el director de este periódico durante toda la Semana Santa, no tuvo conocimiento de esta hermosa carta hasta despues de haber enviado los originales para el número del 25 de Marzo. Por eso se publica en el número de hoy, con el retraso consiguiente, que se hubiera evitado á ser más fáciles en España las vías de comunicacion.

llo pienso que en ese privilegiado rincon de la tierra existen tambien nuestras masas heróicas, las masas que saben morir!

En ellas palpita, por decirlo así, el alma nacional. En ellas se han refugiado todas las varoniles virtudes que hicieron grande á nuestra raza, y las primeras de todas la abnegacion y la constancia indomable. Ellas condensan nuestras glorias de ayer, nuestra fuerza de hoy y nuestras esperanzas de mañana.

En estos momentos nuestra política, puramente espectante, nos veda toda accion inmediata.

Por eso mismo, todos nuestros esfuerzos deben dirigirse á mantener incólume y robusta esa sagrada reserva que está llamada á ser la suprema salvacion de la patria.

Así lo comprendes tú seguramente encareciendo la conveniencia de una severa disciplina, que pudiera llamarse militar, inculcando la necesidad absoluta de la union al principio de autoridad, y haciendo de éste el vínculo que estreche y dé consistencia á nuestras fuerzas.

Conocidas te son mis instrucciones, y no dudo que seguirás ejecutándolas tan á gusto mio como hasta aquí.

Cumplamos cada cual nuestro deber en la medida que nos sea dado, y pongamos en manos de la Providencia el apresurar el día en que á la sombra de nuestro derecho hallen amparo todos los intereses de España.

Que Dios te guarde, mi querido Nocedal, como de corazon lo desea tu afectísimo

CÁRLOS.

Nuestro estimado compañero *El Siglo Futuro* pone al pié de este notable y bellissimo documento las siguientes líneas:

«Las palabras que vienen de tan alto, no se comentan; áun alabarlas parece irreverente petulancia.

Se escuchan, y se acatan.

Pero cuando son tales como las que acaban de leerse, y llegan en circunstancias tan angustiosas y tristes como las presentes, del fondo del corazon surge, más entusiasta que nunca, un grito que quiere escaparse de los lábios, y que con igual entusiasmo repetirán todos nuestros amigos.»

Es verdad.

Que pensamientos tan hermosos, previsiones tan claras y recomendaciones tan sensatas como los que se contienen en la carta del Sr. Duque de Madrid, abren las puertas del corazon á la esperanza y dignifican todos los sufrimientos que produce la defensa de la causa de la verdad, que es la de la Religion, y la de la Patria.

Un documento como el que hemos transcrito no puede elogiarse: se lee y se le bendice.

La union al principio de autoridad, la severa disciplina, que se recomiendan especialmente y con gráficas palabras en la carta del Sr. Duque de Madrid, han sido y son los lemas de la bandera de este periódico, todo él consagrado á inculcarlos en la mente y en el corazon de los hombres de buena voluntad que sinceramente desean el triunfo de la causa católica y monárquica. ¡Con cuánto placer los vemos consagrados por la autoridad más alta y más indiscutible de nuestra comunión!

¡Una severa disciplina que pudiera llamarse militar! En ella está nuestra salvacion: fuera de ella el naufragio inevitable.

El egregio Duque de Madrid ha puesto, no sólo el dedo, sino la mano entera en la llaga: los que todavía permanecen sordos á su voz, no merecen lástima; merecen, como dijo en otra ocasion, el desprecio de los leales.

El 30 del pasado, fiesta de San Juan Clímaco, celebró el Sr. D. Carlos de Borbon el aniversario de su natalicio.

En nombre de nuestros suscritores y amigos, y en el propio, con el más profundo respeto y delectacion grandísima del alma, enviamos al ilustre desterrado la más sincera felicitacion, asociándonos á los votos que millares de millares de españoles elevan al cielo por su ventura y por la de su excelsa familia.

## LA LIBERTAD RELIGIOSA

Lo reconozco y me lo explico liberalmente: hasta que el púlpito, rodeado de espías y polizontes por Cánovas, no caiga bajo los piés de sacerdotes de levita como los redactores de *El Globo* y de *La Época*, tendremos que seguir expuestos á que masones tan



ilustrísimos como los de Alicante, ó extranjeritos tan ilustrados como el italianucho que en San Sebastian prorumpió en *mueras ó fuera*, contra el Rector de Jesús, Sr. Hernando Bocos, nos demuestran con los rugidos de las selvas, que la oratoria sagrada no está á la altura del progreso y de la civilizaci6n moderna.

Concibo el horror sublime que se apodera de todos los liberales al oír hablar de la Pasi6n de Jesús ó de la Pasi6n del Pontífice Romano: en ambos crímenes figuran sayones y bárbaros, vestidos de gente principal, y á nadie le gusta que traten mal á su parentela.

No: es preciso que todo lo infame y lo ridículo quepa en el costal de la moderna civilizaci6n.

Aquí, donde se vé sin horror que *La Época*, llena de afeites y camándulas, como Celestina de alto coturno, pide en letras de molde que no se prohíba á la buena sociedad transitar en coche por las calles de Madrid el Jueves y el Viernes Santo, para que no se estropee los callos; aquí, donde periódicos como *La Ilustraci6n española y americana* (¡buena ilustraci6n!) celebran con hinchadas hipóboles, las profanaciones del Jueves y Viernes Santo, consumadas, no por un pueblo falto de cultura y abandonado á sus feroces instintos, sino por una sociedad que se dice culta, y que es como la crema del mundo elegante, depravado y sin Dios, al que retrata con el realismo de Zola, presentándole llorando «las aflicciones del G6lgota,» vestido con traje rumboso, taconeando por la Carrera de San Jer6nimo, confundiendo los dos sexos con apreturas, pisotones y otros contactos, «como ejecutando un baile sin bastonero»: aquí, donde hasta á las loretas más crapulosas se las llama «nazarenas de clase,» y se las pinta mofándose del ayuno, comiéndose como langostas hambrientas al abrigo de la mantilla en mitad de la calle, un *sanwich* de vigilia; aquí, donde se celebran ya hasta las más sacrílegas chulerías, como si estuviéramos en el estado de putrefacci6n del Bajo imperio, no cabe ya un predicador austero, ilustrado y de virtud bien fogueada, como el Rector de Jesús; aquí sólo caben ya, alternando con el picrato de potasa, los depurativos her6icos, último alimento de una sociedad purulenta, que la azada del enterrador empuja hácia el hoyo, gangrenada y podrida.

¿Qué le hemos de hacer?

Hay otra mano más horrible que la negra, que empuña la llave de los cementerios, y es la mano blanca, que empuña la del hospital.

El Rector de Jesús, sacerdote respetable, lleno de unci6n evangélica, ha debido saludar con una sonrisa amarga á esta sociedad, que prefiere los alimentos de los puercos á los manjares de los reyes.

Si él hubiera aprendido á predicar como *Alma viva* ó como Fernandez Bremon, ¡cuántos laureles reverdecerían lozanos en su frente, y cuántas monedas de cinco duros caerían como dorada y espesa lluvia en los bolsillos de su chaleco!

Pero para predicar indecencias, dignas de una sociedad cuya madurez reclama la lanceta del cirujano, encargada de dar salida al pus estancado en sus vasos, es preciso nacer: y el sacerdote cat6lico no nace para lisonjear á los vicios, estabulados ó sueltos, de la cloaca social.

Involuntariamente se me eriza el cabello al recordar el horrible delito que perpetr6 el Rector de Jesús, en la noche del Jueves Santo.

Predicaba sobre la Pasi6n en San Sebastian, mártir del Cristianismo, asaeteado por una sociedad llena de tumores como la nuestra, y ¡qué habia de suceder! confrontaba la Pasi6n del divino Salvador con la de su Iglesia, y hacia notar sus coincidencias.

Jesús denunciado, vendido, preso, azotado, escarnecido y crucificado entre dos ladrones, es una realidad; y el Papa despojado, preso, oprimido, infamado y acorralado como una fiera, es toda una figura real y efectiva, tomada del natural.

Cuando el Papa dice públicamente que está preso,

¿podría ninguno de sus hijos decir que está libre sin ser un embustero impudente?

La palabra del Papa es para todos sus hijos prenda de oro y palabra de Rey; y el Rector de Jesús, sacerdote cat6lico, no podía, sin ser parricida, desautorizar á su padre.

De aquí arranca su pecado.

La libertad liberal, pródiga y munificente, nos permite todavía hablar de la Pasi6n de Jesús; pero se amosca, se emberrenchina y se sube á la parra cuando hablamos de la Pasi6n de su Iglesia.

Todas las Constituciones liberales nos han garantido hasta hoy, Dios sea bendito, que podamos descargar nuestra ira sobre aquellos sayones y verdugos judíos que se conocen con los nombres de Anás, Caifás, Herodes, Barrabás y Gestas; pero cuando intentamos compararlos con Mazzini, con Garibaldi, con Victor Manuel, con Humberto, con cualquiera buzurro, asesino y cobarde, todas las garantías constitucionales se suspenden; y si no funcionan los consejos de guerra, funcionan las hordas de la canalla.

Cada liberal tiene su arte de matar pulgas, esto es, de impedir los panegíricos de la Pasi6n de la Iglesia, para dar gusto á Italia y no producir un rompimiento de relaciones diplomáticas; pero todos esos artes se encierran en dos, ensayados y experimentados á maravilla; el arte de Cánovas y el de Sagasta.

Cánovas ha salido del paso colocando al pié de cada púlpito un polizonte, extraído de los presidios nacionales; y Sagasta ha obtenido idénticos resultados, utilizando los servicios de una espesa lechigada masónica, dispuesta en todas partes á hacer volar los púlpitos con cartuchos de dinamita.

Contra el Rector de Jesús, no se dispararon en San Sebastian más que un súbdito italiano y siete ú ocho salvajes que secundaron sus alardes cerriles; pero si fuera preciso, vendrían á Madrid los cómplices de Alicante á completar la funci6n.

El hecho ha sido todo lo progresista que se puede decir y pensar.

Un extranjero, abusando miserablemente de los fueros de la hospitalidad, se ha atrevido, en un templo atestado de españoles, á insultar públicamente nuestra Religión y nuestro culto, produciendo escenas sacrílegas, y, á estas horas, vemos que se halla canonizado ó poco ménos por la prensa liberal, que pide una corona de espinas y un cetro de caña para el Rector de Jesús, insultado y escarnecido por aquel bachi-bozou de la Italia irredenta.

En 1808 silbaron nuestros mayores á Murat, que tenia á sus órdenes cuarenta mil soldados aguerridos, por delitos relativamente menores que el perpetrado en la iglesia de San Sebastian: en 1883, un solo extranjero ha demostrado que el pueblo español es un le6n sin garras y sin dientes, á quien un niño puede conducir á donde quiera con un cord6n de seda.

¡Qué diferencia de tiempos!

Pero bien mirado, no puede suceder otra cosa en la España de Sagasta y Cánovas, hija natural de la España con honra, poderosa y valiente siempre contra infelices monjas é indefensos sacerdotes.

De un pueblo que llora las aflicciones de Jueves y Viernes Santo en la Carrera de San Jer6nimo, celebrando *soirées* á cielo abierto, con asistencia del *beau monde*, representado por «nazarenas de clase,» que lucen mantillas y claveles y se codean con el otro sexo, rumiando pasteles de vigilia y taconeando voluptuosamente, no puede esperarse transacci6n para con un sacerdote que enseña los caminos del reino de los cielos....

El súbdito italiano que se burl6 de él y de Dios será festejado con alguna orgía opípara, donde se celebrarán los funerales de la dignidad nacional.

Cuanto al Rector de Jesús.... ¡Bienaventurados los que padecen persecuciones por la Religión!

## LOS AMIGOS DE BENITO

—¿Quién arma ese estruendo por ahí dentro, Pipí?

—Sobre doscientas personas que comen y beben á la salud de una gloria nacional.

—¡Ah! Entonces serán poetas ó locos.

—De todos esos señores hay muchos. Para decirlo de una vez, en el comedor del *restaurant* están reunidos los amigos de un tal D. Benito, muy conocido en toda tierra de garbanzos por sus escritos en los papeles periódicos, y por unos libros que ha publicado.

—No digas más. Ya sé de qué se trata. Esta debe ser la fiesta preparada en honor de D. Benito Perez Gald6s, novelista contemporáneo, á quien la gratitud nacional se ha propuesto atraer en el día de hoy de trufas y jam6n. Pero ¡vaya unos amigos que tiene el tal D. Benito!....

—¡Oh! Comen como si pagara el beneficiado, y beben como si tuvieran que digerir la Plaza de Toros.

—No, pues también vocalean como beben y comen. ¡Caramba con el ruido que sale de esa colmena!

—Sí. Ahí dentro están la flor y la nata de lo bueno, y lo baril de las letras españolas. Me muero por oír hablar á esos hombres que entienden de todo, y rajan con la lengua como si fuera una espada. Cierzo que algunos me han arrimado perros que me han hecho rabiar de lo lindo....

—¿Sí?

—¡Vaya! Aquí donde Vd. me ve, aunque no soy más que un pobre camarero, he sacado á muchos de esos génius que peroran ahí dentro de algunos apurillos. Hombre hay entre ellos que ha tomado café y fumado un año entero á mi costa, y me tiene por allá más de cincuenta duros, cuya vuelta no sé cuándo será; pero aunque los pierda los doy por bien empleados, á trueque de que se me llame protector de las letras. Porque yo, sin saber más que un poco de lectura en libros de molde, tengo aficiones de literato, y creo que si me hubieran enseñado á escribir algo más que palotes, podría entrar hoy en cualquier periódico. Por lo mismo miro como á compañeros á los periodistas, y tengo á su disposici6n mi bolsillo para que me saquen el dinero con más gracia que la Colasa.

—Socorrer al que lo ha menester es una obra de misericordia, Pipí. Pero dime, ¿se han pronunciado ya muchos discursos en esa fiesta?

—Muchos.

—¿Y cómo está de salud el beneficiado?

—Casi moribundo. El pobrecillo, con tantos elogios ha perdido el apetito, y ni come, ni bebe, ni parece que dá señales de vida. Seco como un espárrago y asustado como San Ginojo, es imposible que se halle á gusto respirando tanto incienso como le echan los monaguillos que apuran en su honor todas las vinajeras de la comilona. No ha tenido valor para pronunciar un discurso, y ha leído una carta.

—¿De veras?

—Con sus puntos y comas. A mí no me ha parecido esto muy bien que digamos, porque me traía á la memoria lo que hacia un señorito de mi pueblo, que cuando queria declarar á una mujer la escribía una carta, se la llevaba en persona, y la decia como un bobo: «Tome Vd. esta carta donde la pregunto si quiere ser mi novia.»

—Con todo, cuando no se sabe hablar en público, puede leerse lo que se escribe, y esa carta acredita á D. Benito de modesto.

—¡Oh! Todos dicen que es un grande hombre.

—Ignoro los metros de longitud que tiene; pero él mismo puede que lo diga en la carta que leyó. ¿Era muy larga?

—Al contrario, cortísima.

—Ha sido discreto. ¿Y qué decia en ella?

—Protestaba del honor que se le tributaba.

—Muy bien hecho, ¿y qué más?

—Protestaba de que no se hubiera hecho lo mismo con otras celebridades literarias, y citó á Breton, á Hartzenschuch y á Mesonero Romanos.

—La cita era propia de semejante juicio de faltas. ¿Y no añadió más?

—Nada más.

—Entonces no es un tonto de capirote.

—¿Qué ha de ser si todos dicen que es un géniu y que sus novelas merecen imprimirse con letras de oro?

—Cuanto á eso, Pipí, ya es harina de otro costal, y dia llegará en que venga el tío Paco con la rebaja.

—Pues algo debe tener el agua cuando la bendicen.

—Algo y aun algos. Por ejemplo, el Sr. D. Benito ha escrito muchos libros; pero las letras no se miden por celemines, y en esto de libros la calidad vale siempre más que la cantidad.

—La opini6n general dice que los de este autor son todos selectos.

—Y un jam6n con chorreras. Lo que hay de cierto es que el Sr. D. Benito ha escrito contra los frailes, contra la sopa de los conventos, contra los tiempos ominosos del oscurantismo, y con esto le basta y le sobra para que le admiren los buenos liberales con la boca abierta. Así lo dicen los críticos del gremio. Entre ellos hay alguno de campanillas que, sin negar sus aptitudes para la novela, señala en las suyas defectos que no pueden borrarse con todo el *Champagne* de esa fiesta.

—Entonces, ¿por qué se hace todo esto?

—*Velay*. Porque los liberales consecuentes lo quieren, y porque no es cosa de andar á palos para estorbarlo. De estas han entrado muchas en libra y seguirán entrando, mientras tengan agarrada la romana. ¿Qué estropicio es ese que suena?

—¡Adios mi dinero! Pues ha sido una bomba de la lámpara que se ha roto al levantar las manos para hablar uno de los oradores más entusiastas y destornillados.

—Ya sé quién debe ser: ó es Rafael Calvo, que declama un discurso de Echegaray, ó es Echegaray imitando á Calvo en la declamaci6n de uno de sus dramas.

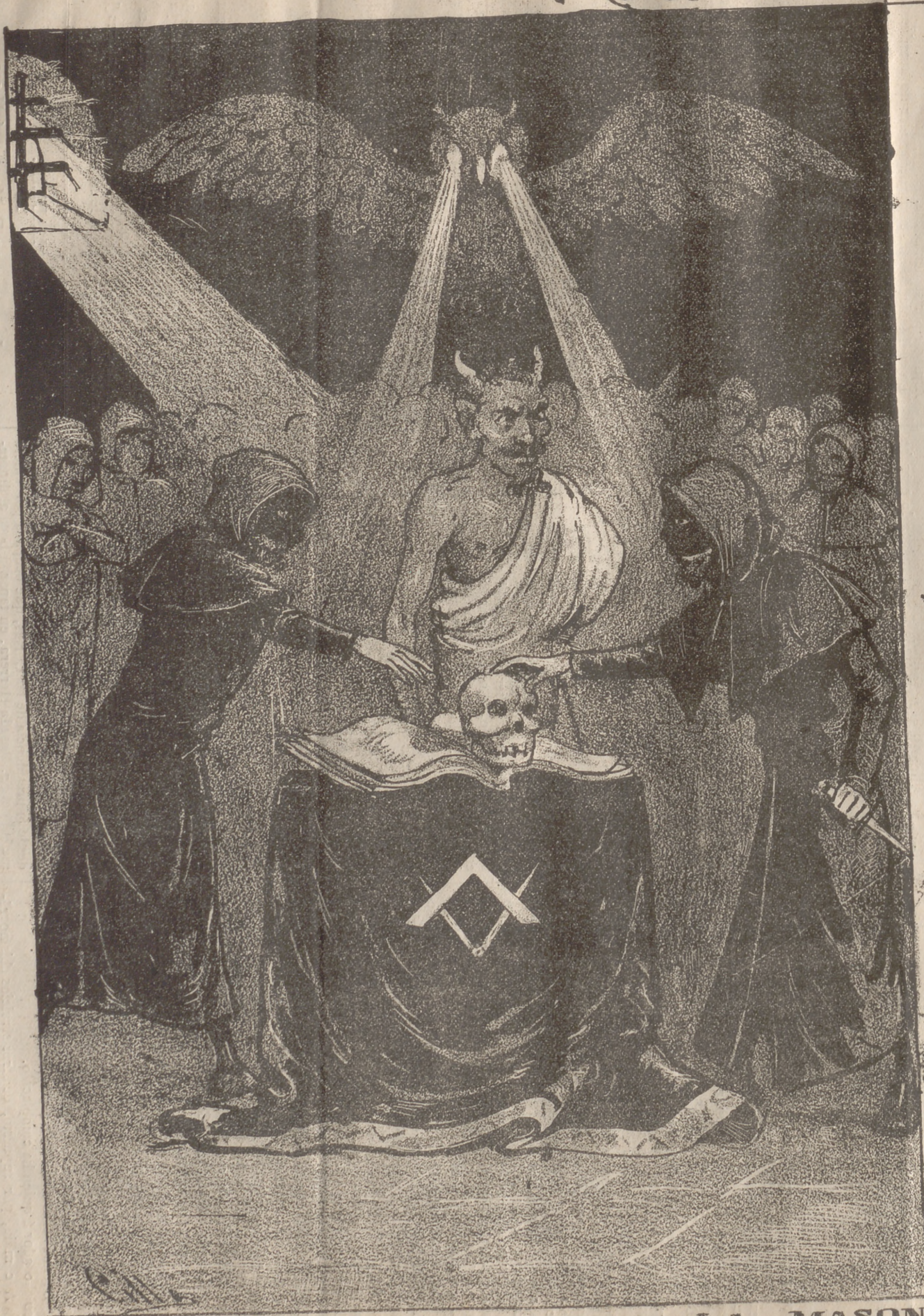
—Venga Vd. á oírle y á verle por la rendija da esta puerta.

—¿No te lo dije? Es Echegaray. Ni con la linterna de Di6genes podría haberse hallado tiple más digno de esta capilla. Es un orador que confunde las colas de burro con las trenzas de cabellos femeninos, y tiene *cachet* para hacerse aplaudir en estos cotarros. Pero ¿qué es lo que está diciendo acerca de la lectura de la bomba?

—Yo he entendido que ha dicho que allí no hacen falta luces, porque con la inteligencia de D. Benito hay luz bastante para que no necesite el mundo faroles y palmatorias.

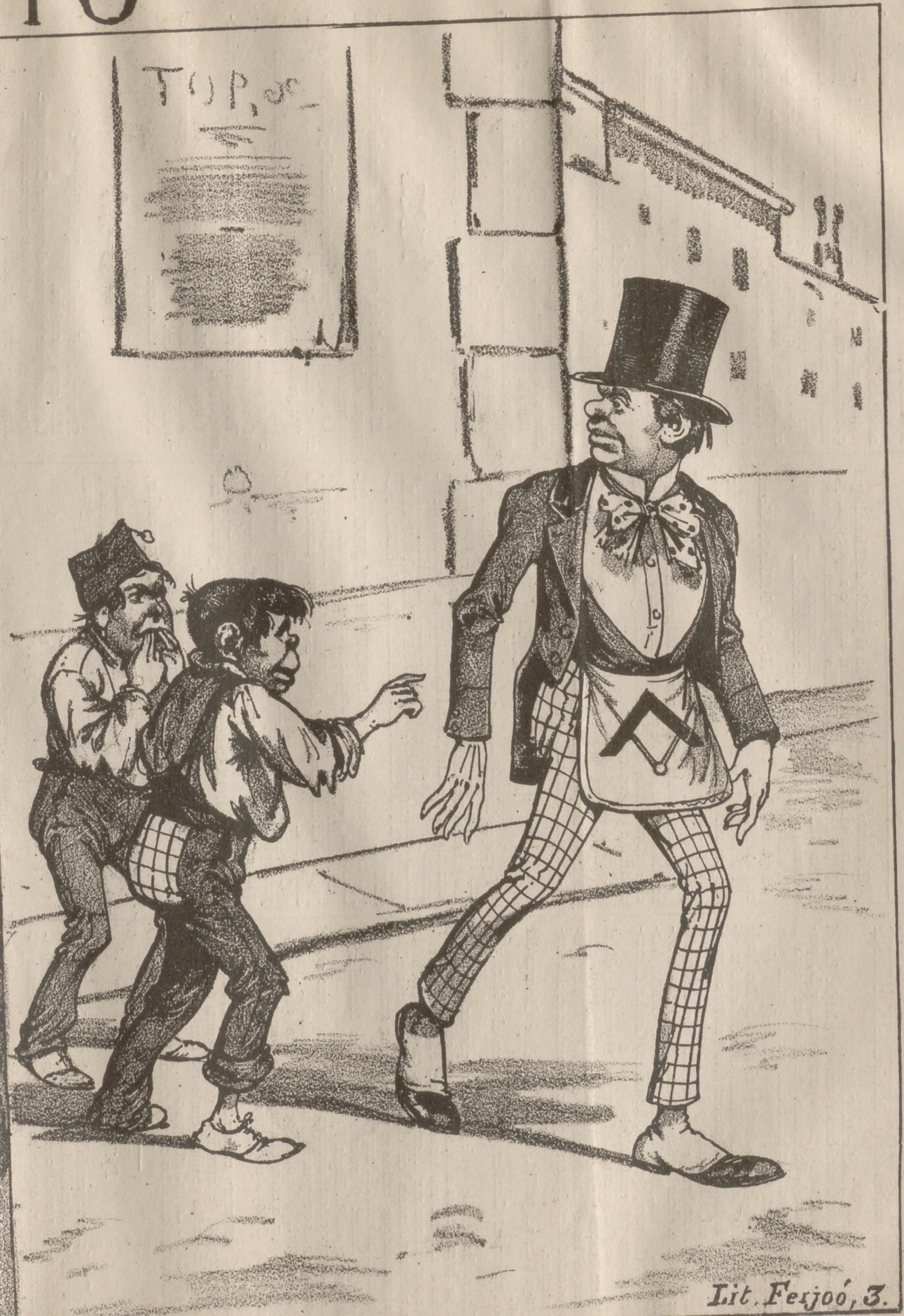


# RIGOLETO



ANTAÑO

LA MASONERIA



OGAÑO

Lit. Fejoo, 3.



## BUFONADAS.

—¡Jesús! ¡Y aún por eso atisbo desde este escondite á un mozo que atiza las velas y que le desmiente con todo el salero de un ganapan que no entiende de figuras retóricas! ¡Valiente asunto para un sainete del córte de D. Ramon de la Cruz!

—¡Silencio! que va á hablar D. Emilio.  
—¿Castelar?... No tendré calma para escucharle. Le oí una vez un discurso y con él tengo para toda la vida, porque Castelar es una caja de música que siempre suena lo mismo. ¿Con que también han traído ese organillo para que baile la reunion?

—¡Qué pico de oro! ¡Cómo está poniendo á la Academia española porque no ha tomado billete para asistir á este beneficio! ¡Pues y la andanada que empieza á soltar contra la teocracia? ¡Así, así, á la cabeza y á las coronas! ¡No, pues escuche Vd. los nombres propios que cita para ensalzar á Galdós: Colon, el Gran Capitan, Cervantes, Velazquez, Sófocles, Fidiás, Platon, Demóstenes, Ciceron, Ovidio, Virgilio, César, Guevara, Quevedo, Rousseau, Goethe, Manzoni, Víctor Hugo y Perez Galdós!

—Se conoce que ha comido fuertemente y que le pide el cuerpo ensalada. Verás como no se olvida tampoco de citar al cosmos, á las ergástulas de los esclavos, y á las cúpulas de las catedrales. Sin estos pistos se moriría su elocuencia de hambre.

—Venga Vd., venga Vd., que va á hablar Cánovas del Castillo.

—Lo presumia. Castelar y él son como el caldero y la sogá.

—Este no ha comido aquí: llegó á los postres.  
—A la hora de las alabanzas. Verás qué chicoleos se echan los dos. Son como los compadres del barrio de Triana, que convinieron muy formalmente en que sólo había dos hombres valerosos en el mundo, y esos eran ellos. Estoy seguro de que ambos se van á elogiar mutuamente como podrían hacerlo el tifus y el cólera.

—Dicho y hecho. ¡Pero este vizco de los demonios no aplaude gran cosa á D. Benito!

—Consiste en que está siempre tan atareado que no le queda tiempo más que para aplaudirse á sí mismo.

—¡Pobre autor! No ha dicho de él más sino que ha trabajado mucho por la literatura nacional. Vamos, que un discurso como el suyo no encaja aquí. ¡Si parece agua tibia!

—Se habrá propuesto excitar las náuseas de la concurrencia. Es proyectil de intencion y donde apunta da.

—Me parece que ha venido á chulearse con todos estos hombres de bien. En fin, esto se acabó.

—Así se acaban todas las cosas del mundo.

## Epilogo.

El Sr. Galdós, amenazado por la colonia Canaria con otro banquete por el estilo del anterior, ha salido á todo escape de Madrid, á restablecerse, refugiándose en las montañas de Santander, donde se repondrá de los sustos patrióticos que le han dado sus amigos.

Aunque es también canario, parece que ha quedado harto de pamplina.

Le deseamos una convalecencia feliz.

Copiamos de *El Globo* el siguiente suelto que, aunque parece de encargo, se distingue más por su simpleza que por la intencion que tiene:

«El corresponsal *Hache*, es decir, el corresponsal que escribe desde esta córte á *La Verdad*, de Santander, que se firma *H.* y dicen que es el Sr. Herrero, director de *Rigoleto*, periódico nocedalino, aprovecha también las cartas que escribe á *La Verdad* para adular servilmente á D. Cándido Nocedal en esta forma:

«Además de consignarse en ella—(en la última carta del pretendiente á su apoderado)—las opiniones de D. Carlos, muy buenas y hermosas, sobre cuestion tan vital é importantísima, los menos perspicuos ven en el dicho documento una prueba fehaciente de la justísima confianza que ha depositado en su ilustre representante, acreedor por todos conceptos á tan señalado favor.»

»Y si nó que se lo pregunten al Sr. Valbuena, que debe conocer bien al Sr. Nocedal padre, y aún al hijo.

»Por lo demás, se conoce que el corresponsal *H.* no está de humor de perder la plaza.

»Es verdad que no le deben costar mucho trabajo esas adulaciones, dada la costumbre. Porque, según ha dicho varias veces *El Cabecilla*, lo mismo adulaba el Sr. Herrero el año pasado á los condes de Orgaz y de Canga Argüelles.»

En primer lugar, el Sr. Herrero, identificado con el señor Nocedal por la doctrina, no cree que sea adulacion servil, en medio del fragor de la batalla que se libra contra el poder-habiente de D. Carlos, profesar la opinion de que es justa la confianza que con perfecto derecho ha depositado en él su poderdante.

Ni es posible que *El Globo* crea de buena fé que la profesion sincera de opiniones nacidas del convencimiento, sea adulacion servil, porque entonces nos daría derecho á pensar que él es también un adulador servil del Sr. Castelar, cuya política defiende contra una plaga de enemigos tan encarnizados como los del Sr. Nocedal.

En segundo lugar, si *El Cabecilla* ha dicho varias veces que el Sr. Herrero ha adulado el año pasado ó los anteriores á los condes de Orgaz y de Canga Argüelles, ha faltado á la verdad, lo cual en él no es nuevo.

Podrá haber estado conforme con dichos señores, cuando sus opiniones hayan coincidido, lo cual no es injusto ni indecoroso; pero, ¡adularlos servilmente! ni á ellos ni á nadie, gracias á Dios.

Decimos esto á *El Globo* para que dé traslado de ello al colaborador á quien ha complacido.

A cambio, por supuesto, de otros servicios chismográficos.

El asunto de la indemnizacion al pueblo de Alonsótegui y á otros vizcainos que se hallan en su caso por concepto de la deuda carlista, ha sido fallado y resuelto de plano por D. Pio Gullon, ministro de la Gobernacion (pom pom) con todo el desparrajo de un alcalde de monterilla.

A saber:  
A gusto del diputado mestizo D. Angel Allende Salazar, tragacarlistas de décima clase.

Y deslomando á la justicia ordinaria con un garrctazo progresista.

No podía dar otra cosa de sí D. Pio, liberal de Astorga y otras yerbas.

Con esto queda dicho que la indemnizacion pedida y acordada por el juez de primera instancia y por la diputacion provincial de Bilbao, ha sido denegada por medio de un firmán gubernativo.

El Sr. Allende Salazar y el ministro podrán cohonestar esta pateadura que acaban de dar á la justicia con solo pronunciar estas palabras:

—*Somos liberales.*



Y ya que hemos mentado la sogá en casa del ahorcado, esto es, la deuda, no queremos perder la ocasion que se nos presenta de decir al país que durante el ejercicio del próximo presupuesto, la del Estado arroja una cifra de intereses y amortizacion de DOSCIENTOS SETENTA Y TRES MILLONES OCHOCIENTAS TREINTA Y TRES MIL CUATROCIENTAS CUARENTA Y OCHO PSETAS.

O lo que es lo mismo, MIL NOVENTA Y CINCO MILLONES Y MEDIO de reales, con algunos picos.

Sin contar otros TRES MILLONES Y MEDIO para el pago de los intereses de la Deuda al 3 por 100 exterior no convertida.

Con que ayúdeme Vds. á abrir la boca para sollozar ó para aplaudir al sistema.

Imagínese ahora cómo podrá estar una casa en cuyo presupuesto de gastos hay que inscribir MIL NOVENTA Y NUEVE MILLONES de reales, como primera partida para pagar trampas.

Tronada.

Cómo lo está España.

Verdad es que para eso tiene libertad hasta para rabiarse, y que sarna con gusto no pica....

Pero de todos modos, no es agradable para un pueblo que haya razon para decir de él que no vale un perro chico.

Precisamente porque se ha empeñado en ser un perro liberal.



El general se ha encontrado donde menos lo pensaba unas tijeras que amenazan cortar el pompon que lleva en el casco.

Representadas por los demás generales que, juzgando depresiva á su decoro la nueva ley de Estado mayor del ejército, han amasado una exposicion inédita, en que se pinta á D. Arsenio más feo de lo que es.

Lo cual parece imposible.

Pero ¡oh prodigio incomparable! He aquí un pleito en que las dos partes tienen razon.

D. Arsenio porque quiere reducir el ramo de generales á una expresion que no haga reir al sentido comun y al sentido moral.

Y los generales porque dicen que en España no hay más que uno que debe ser suprimido.

El mismo D. Arsenio.

Conste, pues, que las espadas han vuelto á ponerse de punta.

¿Quién se clavará en ellas?



Nos sucede lo mismo que al Sr. Elduayen: que deseamos saber á cuántos súbditos españoles han indemnizado ya los franceses por lo de Saida.

Pero no podemos saberlo porque el marqués de todos los juídos del mundo, se niega á pié juntillas á enviar á la comision del Senado los datos pedidos para satisfacer tan justa curiosidad.

Con este motivo entre el Sr. Elduayen, presidente de la comision y los individuos de la misma, se ha armado la peleara más singular que se registra en los anales parlamentarios.

Niégame el Sr. Elduayen á formular el dictámen correspondiente fundado en la carencia de datos; y la mayoría de la comision, ministerial *enragé*, quiere formular el dictámen, alegando que sobran datos.

Llevadas estas diferencias al salon de sesiones, bajo la forma de una interpelacion, háse convenido en que con el Sr. Elduayen no se puede partir peras por esta sola razon: Porque es feo.

Es verdad; pero detrás de un gesto de vinagre bien puede ocultarse la razon.

Aunque como esta es siempre verde para los progresistas, no puede servirles para otra cosa que para merienda. Como las indemnizaciones de Saida.



El viernes llovió y estuvo el carro del ministerio á punto de ser volcado.

Por un terremoto, conocido con el nombre del marquesito de Sardoal.

El cual, para acreditar que es un demócrata de pelo en pecho, partidario de la luz y de la discusion, se empeñó desde la presidencia de las Córtes, que ocupaba por enfermedad del Sr. Posada Herrera, en tapar la boca al diputado de la mayoría Sr. Villanueva, que tenia que sentar algunas costuras de la levita del diputado cubano autonomista, Sr. Bethencourt.

El marquesito le quitó la plancha de la mano al Sr. Vi-

llanueva y, como era natural, demostró que no hay quien le gane á manejarla.

El tiberio fué de superior calidad, y uno de los más sustanciosos de la temporada.

Sublevada la mayoría contra la seriedad del presidente que se daba tufos de visir, presentó una proposicion de censura que le hizo descender al ruedo, desde las alturas olímpicas del sillón de la presidencia.

Se defendió: intervino Gullon con palabras de buena crianza, y se retiró la proposicion de censura.

Pero cuando parecia que la camorra se habia terminado, cátrate que los amigos del marquesito presentan un voto de confianza, y vuelta á tirarse los trastes á la cabeza.

Hubo injurias para todos los gustos y puños cerrados en el aire en disposicion de caer sobre alguna cabeza.

Martos, abogado de todas las causas perdidas, se inclinó hácia la de Sardoal; y detrás de Martos, el ministro de Gracia y Justicia, que es, como su paje de cola, amenazó con su dimision.

¡Una crisis en toda regla!

Llamado á toda prisa Sagasta, serenó la tempestad con el tradicional *quos ego*.

Se amansaron Sardoal y la mayoría; pero se separaron á las ocho de la noche haciéndose gestos á la luz de los mecheros de las lámparas.

Pero la pelota ha quedado en el tejado; porque Sardoal se ha convencido de que no puede ser ministro con la actual mayoría.

Y ante esa idea pierde los estribos y la cabeza.

Aunque esta no la tuvo nunca ganada.



El incidente de la sesion del viernes ha hecho que la prensa ministerial se dispare contra Sardoal como una ametralladora.

La mayoría le llama *intruso*, recién llegado, fátuo y dinástico del día siguiente.

¡Pobre hombre!

Cuanto á Romero Giron, toda la hueste ministerial está conforme en que es papel de estraza.

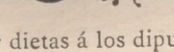
O un gran papelon.

Todo hace creer que la situacion no saldrá de las primeras yerbas.

Y que para Mayo calentará otro sol.

No sé si puedo aún aludir á Cánovas, porque todavía es un cuerpo opaco.

Pero podría clarearse.



Se trata de asignar dietas á los diputados.

Mil duros por barba.

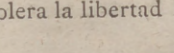
Lo siento por mí y me alegro por Cañamaque.

Porque es un diputado que merece ser feliz.

A juzgar por su dentadura.

La cual teniendo otra cosa que morder no masticará la gramática.

Ni defenderá más proposiciones de incompatibilidad absoluta.



Véase qué chiste tolera la libertad liberal que rueda por las calles:

«¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió la malhadada idea de ponerme á cenar una gallina la noche del Jueves Santo, á la misma hora en que Bocos ejercía de energúmeno en San Sebastian!»

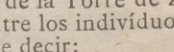
Este chiste no ha salido de una taberna, sino de un periódico.

Lo mismo dá, porque se presenta hecho una X.

Pero el gobierno no se mete con él porque dice que es un borracho ilustrado.

Y le ampara con los brazos amorosos de la Constitucion.

¡Poom, poom!



Cansado el duque de la Torre de zurcir voluntades y de zanjar diferencias entre los individuos de la zurda, parece que no hace más que decir:

—Caballeros, aquí es necesario ir al vado ó á la puente....

—¿A la puente de Alcolea?

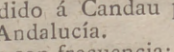
—¡Pobre duque!

Estoy seguro de que si le oyera estas cosas el bufo Zamaois, habia de decirle con su gracejo peculiar:

—¡Pero qué chiribotero es usted, hombre! ¡Qué chiribotero!

Porque el bueno del duque, con tantas bravatas, no vale ya para más que para hacer un papel.

El del capitán Araña.



Martos tiene ofendido á Candau por su discurso contra los propietarios de Andalucía.

Los dos se gruñen con frecuencia; pero es indudable que Candau quiere tirar á Martos alguna cosa á la cabeza para producirle un chichon.

Si pudiera tirarle su inconsecuencia (la de Martos) se la abriría de medio á medio.

Pero como le tire el pan que daba á sus trabajadores (los de Candau), tiempos atrás, le saltará los sesos.

MADRID:

IMPRESA DE F. MAROTO É HIJOS,

calle de Pelayo, núm. 34

1883